

CUENTOS PARA LEER ANTES DE MEDIANOCHE

Antología narrativa de relatos oscuros de horror,
terror, imaginación y misterio de

EDGAR A. POE

Traducción de

ITHAN H. GREY

CUENTOS PARA LEER ANTES DE MEDIANOCHE

Antología narrativa de relatos oscuros de horror, terror, imaginación y misterio de Edgar Allan Poe

© Edgar A. Poe, *por las obras originales en inglés*

© Ithan H. Grey, *por la traducción, edición, maquetación, notas y diseño de la cubierta*

Editado en España – *Edited in Spain*

Impreso por Amazon KDP Publishing
Printed by Amazon KDP Publishing

Edición Tapa Blanda de KDP Publishing, 2021
KDP Publishing Paperback Edition, 2021

CUENTOS PARA LEER ANTES
DE MEDIANOCHE



METZENGERSTEIN

UN RELATO EN IMITACIÓN AL ALEMÁN



PESTIS ERAM VIVUS — MORIENS TUA MORS ERO.¹

— MARTIN LUTHER.²

HORROR Y FATALIDAD HAN ESTADO ACECHANDO AHÍ AFUERA EN TODAS LAS ERAS. ¿POR QUÉ DAR ENTONCES UNA FECHA A ESTA HISTORIA QUE HE DE CONTAR? Basta decir, que en este período del que hablo, existió, en el interior de Hungría, una asentada, aunque oculta creencia, en las doctrinas de la Metempsicosis³. De las doctrinas mismas (eso es, de su falsedad, o de su probabilidad) no diré nada. Afirmo, sin embargo, que mucho de nuestra incredulidad, como La Bruyere⁴ observa de toda nuestra infelicidad, *vient de ne pouvoir être seuls*.⁵

Pero hay algunas cuestiones en la superstición húngara que rayaban rápidamente en lo absurdo. Ellos, los húngaros, difieren muy esencialmente de las autoridades Orientales. Por ejemplo, “*El alma*”, decían los primeros, doy las palabras de un agudo e inteligente parisino, “*ne demeure qu’un seul fois dans un corps sensible: au reste, ce qu’on croit d’être un cheval, un chien, un homme meme, n’est que le ressemblance peu tangible de ces animaux*”.⁶

Las familias de Berlifitzing y Metzengerstein habían estado en diferencia durante siglos. Nunca antes estuvieron dos casas tan ilustres, en mutua amargura por una hostilidad tan mortal. El origen de

¹ Traducción del latín: *Peste soy en vida — moribundo seré tu muerte*.

² Martin Luther (1483-1546). Conocido en español como Lutero, fue un teólogo y fraile cristiano agustino que impulsó la Reforma Protestante de la cristiandad.

³ Nota al pie original de Edgar A. Poe: “*Mercier, en ‘L’an deux mille quatre cents quarante’, mantiene seriamente las doctrinas de la Metempsicosis, e I. D’sraeli dice que ‘ningún sistema es tan simple y tan poco repugnante de entender’. El coronel Ethan Allen, ‘El Muchacho de la Montaña Verde’, se dice que ha sido un serio metempsicosista*”. [Nota del editor: Louis-Sébastien Mercier (1740-1814), escritor, dramaturgo y crítico francés del Prerromanticismo. Isaac D’sraeli (1766-1848), escritor y erudito inglés. Ethan Allen (1738-1789), soldado norteamericano de los llamados *Green Mountain Boys*, que era el nombre con que fue conocido su pelotón.

⁴ Jean de La Bruyère (1645-1696). Escritor y moralista francés, célebre por una única obra: *Les Caracteres ou les Mœurs de ce siècle* (*Los Caracteres o las Morales de este siglo*).

⁵ Traducción del francés: *viene de no poder estar solos*.

⁶ Traducción del francés: *El alma no permanecerá más de una sola vez en un cuerpo sensible; además, lo que creemos que es un caballo, un perro, un hombre mismo, no es más que la apariencia poco tangible de estos animales*.



esta enemistad parece hallarse en las palabras de una antigua profecía: “Un altivo nombre tendrá una temible caída cuando, como la del jinete sobre su caballo, la mortalidad de los Metzengerstein deba triunfar sobre la inmortalidad de los Berlifitzing”.

De seguro las palabras en sí mismas tenían poco o ningún significado. Pero las causas más triviales han dado alza, y de eso no hace mucho tiempo, a unas consecuencias igualmente memorables. Además, las propiedades, que eran contiguas, habían ejercido desde hacía mucho tiempo una rival influencia en los asuntos de un gobierno concurrido. Asimismo, los vecinos cercanos rara vez son amigos, y los residentes del Castillo Berlifitzing podían mirar, desde sus altos contrafuertes, hacia el interior de las mismísimas ventanas del Palacio Metzengerstein. La menor de todas tenía la más feudal magnificencia, de ese modo descubierta, una tendencia que aliviaba los irritables sentimientos de los menos antiguos y menos adinerados Berlifitzing. ¿Qué asombra entonces, que las palabras, sin embargo tontas, de aquella predicción, hubieran logrado situar y mantener en diferencia a dos familias ya predispuestas a reñir por cada instigación de hereditarios celos? La profecía parece implicar, si esta implicaba alguna cosa, un triunfo final por la parte de la ya más poderosa casa; y sería por supuesto recordada con la más amarga animosidad por el lado de la más débil y menos influyente.

Wilhelm, el Conde Berlifitzing, aunque altanero descendiente, era, en la época de esta narrativa, un anciano enfermizo y vetusto, notable por nada sino por una exagerada e inveterada antipatía personal hacia la familia de su rival, y por un amor tan apasionado por los caballos, y por la caza, que ni la flaqueza corporal, ni la avanzada edad, ni la incapacidad mental, impidieron su participación diaria en los peligros de la cacería.

Frederick, Barón de Metzengerstein, no era, por otro lado, mayor de edad. Su padre, el ministro G——, murió joven. Su madre, la dama Mary, lo siguió rápidamente. Frederick estaba, en ese tiempo, en su decimoctavo año. En una ciudad, dieciocho años no es un período largo. Pero en un yermo, en tan magnífico yermo como aquel viejo principado, el péndulo oscila con un significado más profundo.

Por unas circunstancias peculiares, en lo atinente a la administración de su padre, al joven Barón, al fallecimiento del anterior, se le entregó de inmediato sus vastas posesiones. Tales propiedades rara vez las poseía un noble de Hungría. Sus castillos eran



innumerables. El principal desde el punto de esplendor y extensión era el “Palacio Metzengerstein”. La línea fronteriza de sus dominios nunca se definió con claridad; pero su parque principal abarcaba un recorrido de ciento cincuenta millas.

En la sucesión de un propietario tan joven, con un carácter tan bien conocido, a una fortuna tan incomparable, poca especulación salió a palestra respecto a su probable curso de conducta. Y, en efecto, durante el espacio de tres días, el comportamiento del heredero sobrepasó a Herodes⁷, y excedió bastante las expectativas de sus más entusiastas admiradores. Vergonzosos libertinajes, flagrantes perfidias, inauditas atrocidades, dieron a entender con rapidez a sus temerosos vasallos, que a partir de entonces ninguna sumisión servil por su parte, ninguna formalidad de consciencia por la de aquel, no resultarían en protección alguna contra los sanguinarios e inexorables colmillos del pequeño Calígula⁸. En la noche del cuarto día, los establos del Castillo Berlifitzing se hallaban en llamas, y la unánime opinión de la vecindad añadió el crimen del incendio a la ya horrenda lista de los delitos menores y enormidades del Barón.



Pero durante el tumulto que esta ocurrencia ocasionó, el mismo joven noble, aparentemente se encontraba sentado, sepultado en la meditación, en una vasta y desolada estancia de la parte más alta del palacio de la familia Metzengerstein. Los ricos, aunque descoloridos tapices colgantes que oscilaban en penumbra sobre las paredes, representaban la sombrías y majestuosas formas de mil ilustres ancestros. *Aquí*, los ricos y armiños sacerdotes, y pontífices dignatarios, familiarmente sentados con el autócrata, y con el soberano, ponían veto a los deseos de un rey temporal, o refrenaban con el fiat de la supremacía papal el rebelde cetro del Archi-Enemigo. *Allí*, las oscuras y altas estatuas de los príncipes Metzengerstein, con sus musculosos corceles de guerra acometiendo sobre los cadáveres de los

⁷ Herodes I El Grande (74 a.C. - 4 a.C.). Antiguo Rey de Judea. En el Nuevo Testamento se lo cita como alguien extraordinariamente cruel por La Matanza de los Inocentes, en la que el rey ordenó dar muerte a todo bebé menor de 2 años.

⁸ Cayo Julio César Augusto Germánico (12 d.C. - 41 d.C.). Más conocido como Calígula, fue emperador romano desde el año 37 d.C. hasta que fue asesinado. Tenía consideración de demente y diversidad de extravagancias personales. Recurría frecuentemente al terror y la violencia, y organizaba fiestas llenas de orgías y ritos sexuales.



adversarios caídos, sobrecojían los nervios más firmes con su vigorosa expresión; y *aquí*, de nuevo, las voluptuosas figuras con forma de cisne de las damas de los días de antaño, flotaban incesantes en los ambages de una danza irreal al son de las cuerdas de la melodía imaginaria.

Pero mientras el Barón escuchaba, o afectaba escuchar, la gradual y creciente algarada en los establos de Berlifitzing, o tal vez cavilaba sobre algún más novedoso, algún más decidido acto de audacia, sus ojos se tornaron inconscientemente hacia la figura de un enorme caballo, y de innatural colorido, representado sobre el tapiz como perteneciente a un ancestro sarraceno de la familia de su rival. El caballo, en sí mismo, en la parte frontal del diseño, permanecía inmóvil y como una estatua; mientras que, más atrás, su desconcertado jinete parecía bajo la daga de un Metzengerstein.

Sobre el labio de Frederick surgió una diabólica expresión, mientras iba siendo consciente de la dirección que su mirada había asumido, sin su conocimiento. Sin embargo no la apartó. Al contrario, de ningún modo podía dar cuenta de la abrumadora ansiedad que parecía haber caído como un féretro sobre sus sentidos. Fue con dificultad que reconcilió sus fantasiosos e incoherentes sentimientos con la certeza de estar despierto. Cuanto más miraba, más absorbente se volvía el hechizo, más imposible parecía que alguna vez pudiera apartar la mirada de la fascinación de aquel tapiz. Pero sin que el tumulto de fuera se volviera de repente más violento, con un tipo de enorme esfuerzo preceptivo su atención se divirtió con el deslumbre de la luz rojiza que arrojaban por completo los llameantes establos sobre las ventanas de la estancia.

La acción, sin embargo, no fue sino momentánea; su atenta mirada regresó mecánicamente a la pared. Para su extremo horror y asombro, la cabeza del gigantesco corcel, mientras tanto, había alterado su posición. El cuello del animal, antes arqueado, como si en compasión, sobre el cuerpo postrado de su señor, se extendía ahora, en toda su longitud, en dirección al Barón. Los ojos, antes invisibles, ahora llevaban una expresión enérgica y humana, mientras éstos destellaban con un feroz e inusual rojo; y los distendidos labios, aparentemente, del enfurecido caballo, dejaban a plena vista sus sepulcrales y repugnantes dientes.

Estupefacto de terror, el joven noble fue dando tumbos hasta la puerta. Mientras la abría de golpe, un destello de luz roja, que fluía desde lo lejos hacia el interior de la cámara, arrojó su propia sombra



con un claro esbozo contra el tembloroso tapiz; y se estremeció al percibir aquella sombra, mientras perdía el equilibrio durante un momento sobre el umbral, que asumía la exacta posición, y que llenaba con precisión el contorno, del despiadado y triunfante asesino del sarraceno Berlifitzing.



Para aligerar la opresión de los espíritus de aquellos, el Barón se apresuró a salir al aire libre. En la compuerta principal del palacio encontró a tres caballerizos. Con mucha dificultad y, ante el inminente peligro que corrían sus vidas, estaban conteniendo los convulsivos tirones de un gigantesco caballo de feroces colores.

—¿De quién el caballo? ¿Dónde lo habéis cogido? —demandó el joven, en un tono de voz quejumbroso y ronco, mientras se volvía consciente al instante, de que el misterioso corcel en la cámara de los tapices era la misma contraparte del furioso animal ante sus ojos.

—Es de su propiedad, señor —replicó uno de los caballerizos—. Al menos no ha sido reclamado por otro dueño. Lo cogimos mientras venía enarbolado, todo humeante y espumeando de rabia, de los establos en llamas del Castillo Berlifitzing. Al suponer que había pertenecido a la caballeriza de los extraños caballos del viejo Conde, le guiamos de vuelta como si fuera uno que se hubiera extraviado. Pero los mozos de allí renunciaron a cualquier título sobre la criatura; lo que es extraño, ya que porta marcas evidentes de haber hecho una estrecha huida de las llamas.

—Las letras W. V. B. además están marcadas sobre su frente inconfundiblemente —interrumpió un segundo caballerizo—. Supuse que serían las iniciales de Wilhelm Von Berlifitzing, pero todos en el castillo son firmes en negar cualquier conocimiento del caballo.

—¡Extremadamente singular! —dijo el joven Barón, con un aire de meditación, y aparentemente inconsciente del significado de sus palabras—. Es, como dijiste, un caballo notable. ¡Un caballo prodigioso! Aunque, como acabas de observar justo ahora, de un carácter sospechoso e intratable. Sin embargo, dejadle que sea mío —añadió, después de una pausa—. Tal vez un jinete, como Frederick de los Metzengerstein, podría domar incluso al demonio de los establos de los Berlifitzing.

—Se equivoca, mi señor; el caballo, como creo que mencionamos,

no es de los establos del Conde. Si tal hubiera sido el caso, sabemos muy bien cuál es nuestro deber antes que traerle ante la presencia de un noble de su familia.

—¡Cierto! —observó el Barón, con sequedad; y en ese instante un paje de los aposentos llegó del palacio con un color realzado, y paso apresurado. Susurró al oído de su amo, a cuenta de la repentina desaparición de una pequeña porción del tapiz, en una estancia a la que él estaba designado; entrando, en aquel mismo momento, en las particularidades de un carácter minucioso y circunstancial. Pero debido al leve tono de voz en el que estas últimas se comunicaron, nada escapó al agrado de la excitada curiosidad de los caballeros.

El joven Frederick, sin embargo, durante la conferencia, parecía estar agitado por una variedad de emociones. Pronto, sin embargo, recobró su compostura, y una expresión de malicia determinada se asentó sobre su semblante, mientras daba órdenes perentorias de que la estancia en cuestión debía cerrarse de inmediato, y la llave situarse, en el acto, en su propia posesión.



—¿Ha oído de la infeliz muerte del viejo cazador Berlifitzing? —dijo uno de sus vasallos al Barón, mientras, tras la partida del paje, el enorme corcel que aquel noble había adoptado como suyo, tiraba y cabriolaba, con redoblada furia, bajo la larga travesía que se extendía desde el palacio hasta los establos de Metzengerstein.

—¡No! —dijo el Barón, girando de forma abrupta hacia el locutor—. ¡Muerto! ¿Dices tú?

—Es en efecto verdad, mi señor; y, para un noble de vuestro nombre, no será, imagino, una inteligencia mal acogida.

Una rápida sonrisa se abalanzó sobre el semblante del oyente.

—¿Cómo murió?

—En sus grandes esfuerzos por rescatar a una porción de su caballeriza de caza favorita, ha perecido en las llamas.

—¡E-n-e-f-e-c-t-o! —prorrumpió el Barón, como si lenta y deliberadamente impresionado con la verdad de una idea excitante.

—¡En efecto! —repitió el vasallo.

—¡Sorprendente! —dijo el joven, con calma, y volvió en silencio al interior del palacio.

Desde esta fecha una alteración notable tuvo lugar en el porte

externo del disoluto joven Barón Frederick Von Metzengerstein. En efecto, su comportamiento decepcionaba toda expectativa, y resultaba poco en concordancia con los puntos de vista de muchas mamás manipuladoras, mientras sus hábitos y maneras, todavía menos que antiguos, ofrecían algo congenial con las de la aristocracia vecina. Nunca se le vio más allá de los límites de su propio dominio, y, en este mundo ancho y social, se encontraba absolutamente sin compañía. A menos que, en efecto, aquel innatural e impetuoso caballo de feroces colores, que desde entonces montaba continuamente, tuviera algún misterioso derecho al título de ser su amigo.

Numerosas invitaciones por parte de la vecindad durante un largo tiempo, sin embargo, periódicamente llegaban. “¿Honraré el Barón nuestros festivales con su presencia?”. “¿Se nos unirá el Barón en la caza del jabalí?”. “Metzengerstein no caza”, “Metzengerstein no asistirá”, eran las respuestas altivas y lacónicas.

Estos repetidos insultos no se los soportó una imperiosa nobleza. Tales invitaciones se volvieron menos cordiales, menos frecuentes, al tiempo cesaron del todo. Incluso se escuchó a la viuda del desafortunado conde Berlifitzing expresar un deseo: “ese Barón podría estar en casa cuando no deseaba estar en casa, desde que él desdenó la compañía de sus iguales; y cabalgar cuando no deseaba cabalgar, desde que el prefirió la sociedad de un caballo”. Esto de seguro fue una explosión muy tonta de hereditario resquemor, y simplemente resultó en cuán singularmente insignificantes son aptos de convertirse nuestros dichos, cuando deseamos ser inusualmente enérgicos.

Quien fuera caritativo, no obstante, atribuyó la alteración en la conducta del joven noble al dolor natural de un hijo por la prematura pérdida de sus padres, olvidando, sin embargo, su atroz y temerario comportamiento, durante el corto período que sucedió a aquel duelo. Hubo algunos, en efecto, que sugirieron una idea muy engolada de autoconsecuencia y dignidad. Otros de nuevo, entre ellos se puede mencionar al médico de la familia, no hesitaron en hablar de una mórbida melancolía, y de una enfermiza salud hereditaria, mientras oscuros indicios, de una más que equívoca naturaleza, se hicieron corrientes entre la multitud.

En efecto, el perverso apego del Barón a su recién adquirido trotón, un apego que parecía obtener nueva fuerza de cada fresco ejemplo de las feroces y demoníacas propensiones del animal, al final se convirtió, ante los ojos de todos los hombres razonables, en



un fervor horrendo e innatural. Con el despunte del mediodía, en la hora muerta de la noche, en la enfermedad o en la salud, en la calma o en la tempestad, el joven Metzengerstein parecía estar clavado a la silla de aquel colosal caballo, cuyas intratables audacias concordaban muy bien con su propio espíritu.

Había circunstancias, asimismo, que, emparejadas con los últimos acontecimientos, dieron un carácter nada terrenal y portentoso a la manía del jinete, y a las capacidades del corcel. El espacio sobre el que pasaba de un solo salto, se había medido con precisión, y se encontró que excedía, con asombrosa diferencia, las expectativas más feroces de los más imaginativos. El Barón, además, no tenía un *nombre* particular para el animal, a pesar de que el resto de todos los de su colección, se les distinguía por apelativos característicos. Su establo, también, se designó a una distancia del resto; y con respecto al aseo y otros oficios necesarios, nadie sino el dueño en persona se había aventurado a oficiarlos, o siquiera entrar al recinto de aquella cuadra en particular. También fue una observación, que, aunque los tres caballerizos, que habían cogido el corcel mientras éste huía de la conflagración de Berlifitzing, habían tenido éxito en detener su curso, por medio de unas bridas con cadenas y un lazo, aun ninguno de los tres podía afirmar con certeza que en realidad hubiera situado su mano, durante aquella peligrosa lucha, o en cualquier período después de eso, sobre el cuerpo de la bestia. Instancias de una peculiar inteligencia en el comportamiento de un caballo noble y animado no se ha de suponer que sean capaces de excitar una irrazonable atención, pero había ciertas circunstancias que se introducían a la fuerza en aquellos que eran más escépticos y flemáticos; y se dice que hubieron momentos en los que el animal fue causa para que la boquiabierta muchedumbre que permanecía alrededor retrocediera de horror por el profundo e impresionante significado de su terrible estampa, veces en las que el joven Metzengerstein se quedaba pálido y se aislaba de la rápida y escrutadora expresión de su mirada más ansiosa y de aspecto humano.

De entre toda la comitiva del Barón, sin embargo, no se encontró a nadie que dudara del ardor de aquel extraordinario afecto que existía por parte del joven noble por las feroces cualidades de su caballo, al menos, nadie sino un insignificante, contrahecho y pequeño paje, cuyas deformidades estaban en cada forma de su cuerpo, y cuyas opiniones eran de la menor importancia posible. Él, si sus ideas son de algún valor como para mencionarlas en absoluto, tenía

el descaro de afirmar, que su amo nunca abordó la silla de montar sin un estremecimiento inefable y casi imperceptible, y que, al regresar de cada habitual cabalgada, una expresión de triunfante malignidad le distorsionaba cada músculo del semblante.



Una tempestuosa noche, Metzengerstein, al despertar de un pesado sueño, descendió como un maníaco de su cámara, y, tras montar con ardua prisa, galopó hacia el interior de los ambages del bosque. Una ocurrencia tan común no atrajo ninguna atención particular, pero su regreso se buscó con intensa ansiedad por parte de sus criados, cuando, tras algunas horas de ausencia, las estupendas y magnificentes almenas del Palacio Metzengerstein, se encontraban crepitando y derrengándose hasta sus mismos cimientos, bajo la influencia de una densa y lívida masa de ingobernable fuego.

Mientras las llamas, cuando fueron vistas por primera vez, habían hecho ya tan terrible progreso que todos los esfuerzos por salvar cualquier parte del edificio fueron evidentemente fútiles, la atónita vecindad permaneció ociosa en los alrededores en un silencioso, si no apático asombro. Pero, un nuevo y temible objeto pronto clavó la atención de la multitud, y dio prueba de cuánto más intensa es la excitación forjada en los sentimientos de una muchedumbre por la contemplación de la agonía humana, que los producidos por los más espantosos espectáculos de la materia inanimada.

En lo alto de la larga travesía de antiguos robles que guiaban desde el bosque hasta la entrada principal del Palacio Metzengerstein, un corcel, que portaba a un desconcertado jinete desprovisto de sombrero, se le vio trotando con una impetuosidad que aventajaba al mismísimo Demonio de la Tempestad.

La carrera del caballero era sin disputa alguna, por su parte, incontrolable. La agonía de su semblante, la convulsiva lucha de su complexión, dieron evidencia del esfuerzo sobrehumano; pero, ningún sonido, salvo un solitario chillido, escapó de sus lacerados labios, que estaban mordidos aquí y allá por la intensidad del terror. Un instante, y el traqueteo de los cascos resonaban incisivos y estridentes sobre el rugido de las llamas y el chillido de los vientos; en otro, y, tras despejar de una sola acometida la compuerta y el foso, el corcel galopó muy alto por la tambaleante escalinata del palacio,



y, con su jinete, desapareció en medio del torbellino del caótico fuego.

La furia de la tempestad se extinguió de inmediato, y una calma muerta de repente la sucedió. Una llama blanca todavía envolvía el edificio como una mortaja, y, fluyendo muy arriba hacia la silenciosa atmósfera, salió disparado un resplandor de luz preternatural; mientras una nube de humo se situaba con pesadez sobre las almenas, con la inconfundible y colosal figura de... *un caballo*.

